

dad que de calidad general. La razón es muy simple: no hay diferencias demasiado perceptibles entre ellos, ninguno sobresale de manera palmaria, pero la exclusión de cualquiera resultaría una injusticia. Resulta explicable, desde este punto de vista, que la poesía colombiana sólo tenga una reducida importancia local. Es raro el poeta cuya obra trasciende los límites del país, pero mucho más extraño aún aquél cuya figuración en otros ámbitos tiene de verdad algún valor.

Unos conceptos definidos, un pensamiento abierto están acompañados de un lenguaje límpido, mesurado, para el cual no hacen falta verbalismos:

En nuestros días tanto como en el siglo XIX, es frecuente que el poeta se entregue al juego verbal bajo la certeza de que es allí donde reside la esencia de la poesía. Es en verbalismo donde se origina la acusación de prosaísmo que se atribuye, con tono ofensivo, a quien desconfía de las propiedades decorativas del lenguaje. La falta de rigor en el uso del lenguaje, la acumulación de palabras, el barroquismo, las búsquedas incesantes de efectos verbales, el falso brillo, etc., constituyen en realidad la vertiente más profunda de nuestra historia literaria [...] Es un lugar común, bastante difundido, creer que la buena escritura se identifica con el uso continuo de imágenes. No puede haber, sin embargo, buena escritura cuando se sacrifica la precisión del lenguaje o cuando —según lo expresa Middleton Murry— se emplean imágenes que “no añaden nada a la exactitud del pensamiento”.

En los autores de *De Paso* —Víctor Gaviria, Iván Hernández, Orlando Mora, Elkin Obregón, Carlos José Restrepo, Elkin Restrepo, Jaime Alberto Vélez— la sensibilidad se une a la inteligencia abierta. Algunos cultivan el ensayo y la crónica. Crónica

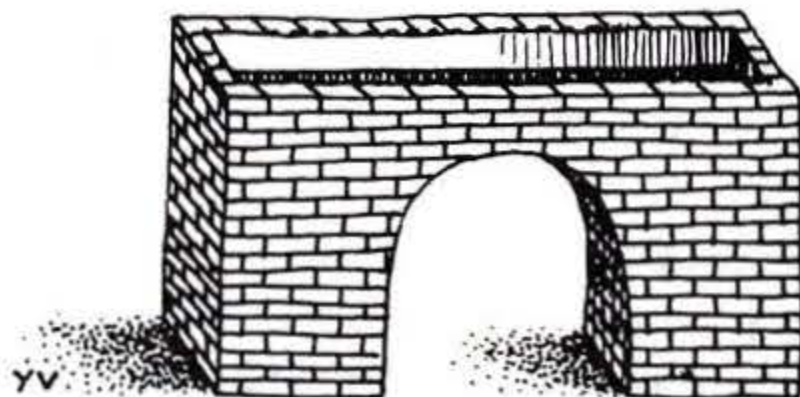
que les permite partir de un hecho cercano para expresar su visión aguda del mundo. En estos autores hay un movimiento pendular del sentir y del pensar. Hay un equilibrio con énfasis distintos en cada uno. Cuando se indaga al tío Miguel o a las sirvientas sin rostro, los escritores están ahondando nuestro tiempo. De una manera distinta de como lo hacen cuando está en curso un ensayo. Pero esos rostros requieren una mirada detenida. Ellos y nuestras ideas exigen una inspección atenta, un paso a través de nosotros mismos, una vuelta al revés. Interrogar las cosas que nos rodean es interrogar el tiempo que nos ha tocado vivir.

Y esa interrogación, con mucha insistencia, termina en el rostro interrogante e interrogado de cada uno de los autores, que se busca y se topa a sí mismo. A veces con ironía. Víctor Gaviria ve su “soberbia pueril de quien confunde vida y cultura”, Elkin Obregón envidia “por un momento” la mirada ingenua de quien ve el cine sin los anteojos de una cultura que Carlos Restrepo ve como un sueño ligero:

El de hoy es un mundo escindido todavía entre las libertades del Romanticismo y los presupuestos de los Clásicos [...] Una cultura es un sueño ligero; quizás el truco de oficializar el desacuerdo la resguarde.

Tal vez por esa mirada aguda a nuestro tiempo y a cada uno, *De Paso* establece con nosotros una conversación que sólo explica una honda sintonía con la época. *De Paso* es una charla que espera, urgente.

HERNANDO VARGAS T.



Un ramillete reseco

Ahí te dejo esas flores

Carlos Perozzo

Ediciones Universidad Nacional,
Bogotá, 1985, 124 págs.

Un escritor digno de tal nombre es un testigo de su época y su entorno: sólo puede criticarse lo que se conoce mejor. Si bien en *Ahí te dejo esas flores* se menciona a Barcelona, Hollywood, Nashville y otras localidades de mapa extranjero, la acción ocurre en lugares tan vaporosos como *la Universidad, la capital, el antiguo barrio*; la pareja de *La Ninfa Eco* pasa un tiempito al otro lado del charco; se compara al mecánico de *Motonimia* con el galán cinematográfico de moda y no se suministra una sola clave (una canción, un acontecimiento célebre, un peinado o un traje en boga) que permita identificar el tiempo de la acción, ni el nombre del galán, cuya sola mención despertaría resonancias de época. Todo transcurre en *backgrounds* anodinos e intercambiables como decorados de telenovela.

Al tropezar con todos esos nombres foráneos (Nicolás el Fenicio, Barney Hunter, Mestallas, Big Jerry ...), uno tiene la sensación de estar leyendo la obra de un precoz estudiante de bachillerato: sabido es que muestra una notoria predilección por las grafías y mitologías *made in USA*, por aquello del asedio cultural que anega nuestro pan televisual y publicitario de cada día. Numerosas frases son, en cambio, meros resabios del argot universitario: *gozando anticipadamente de las delicias de la transgresión de lo prohibido*, nos espeta la página 48. Hay innumerables tentativas desgraciadas de *mot juste*: *señora puentedeoro, ojosdepatomacho, estampacaín, dentadura abélica*, etc. Aquí y allá nos asaltan perlas estridentes del tipo *locutar, derrelictos, desiderátum, gaudeamus*, etc., que en boca de beatíficas amas de casa adquieren la pedantería de un parlamento de *Los cuervos*. Y ni hablar de la plúmbea erudición a lo Mujica Láinez (que en cualquier recodo de *Bomarzo* va soltando un las-

tre de muchas fichas espigadas en la Enciclopedia Británica y capaces de arruinar la mejor página, en el supuesto de que allí exista tal especie): el vasto surtido abarca menciones, a veces directas, de Bergman, Bruegel, Carpentier, Elio Petri, Shakespeare, un célebre ábside siciliano, la descripción de *Caminos euclidianos* de Magritte, etc., etc., etc. Veamos uno de estos etcéteras: “el porqué se abalanzaba tras esa soberbia cuyos pies parecían asentarse en los muros de Ilión, mientras en su mirada asomaba el reflejo de la traición de Elena”. Algunas de tales alusiones están bien traídas, pues el autor tiende a veces a manejar con gracia los lugares comunes (“terminamos en una borrachera de tuerca y tornillo”), pero casi siempre se destacan por el afán del descreste en toda la línea.

Perozzo malbarata ideas estupendas: aquello de la presentadora de televisión que ve a través de la pantalla a un voluptuoso admirador anónimo, o del boxeador que mientras ve la videocasete de su mejor encuentro es noqueado por un *round* perdido en un repliegue del tiempo, ofrecían perspectivas inéditas y mucha tela para cortar. Pero la (buena) literatura está hecha de palabras: las buenas intenciones no sirven más que para adoquinar el infierno.

El juicio del crítico Lew Hetch sobre la obra de Barney Hunter (*Hollyblood*) parece hecho sobre medida para *Ahí te dejo esas flores*, sobre todo en lo tocante al erotismo, “positivo y sin asomo de sensualidad”. Y aquí se pierde también una preciosa posibilidad. A fin de poner de manifiesto la enajenación que la tecnología ejerce sobre el hombre de hoy, Carlos Perozzo invierte los términos: trata a sus personajes como a cosas y personifica los objetos: “Las altas madrugadas lo agarraban [al agente] desvelado pensando en su piel reluciente, en sus magníficas formas” (el insomnio lo produce no una mujer sino una pistola *Parabellum*). Pero tal inversión se malogra. El episodio del mecánico desnudo que en *Motonimia* hace el amor con su moto es tan inverosímil que da grima; la evocación, por parte de su esposa, de la

fisiología del trato carnal, hace del amor un mero intercambio de secreciones. El episodio venéreo del televidente con la pantalla en *Teléfesa* es torpe a más no poder. Lo mejor del erotismo –aun del erotismo literario– se realiza a media luz. Lo demás son *graffitti* de mingitorio.

Motonimia se deriva obviamente de *metonimia*. ¿Y *Teléfesa*? ¿Qué tiene que ver la mítica madre de la princesa Europa con la historia de la animadora-estrella de la televisión? Lo único que parece haber en común es el prefijo *tele*. La nota de pie de página prodiga tantos embrollos como las glosas mitológicas con que Trimalción obsequiaba a sus invitados. ¿Hemos de suscribir la opinión de la protagonista de *Consultorio sentimental*: “no había esa coherencia y esa seducción que uno nota en los escritores de verdad”?

Como para confirmar el proverbial premio de consolación acuñado por Plinio el Joven (“No hay libro tan malo”, etc.), relumbra de cuando en cuando un acierto fugaz: “Un día cualquiera llegó un forastero trayendo como único equipaje una caja negra que los curiosos habitantes del lugar confundieron con el estuche de un instrumento musical”: una máquina de escribir, que –si quien se sienta frente a ella es un virtuoso– puede convertirse en máquina de cantar. O el dibujo, irisado en matices, de las manos del encargado de la estación de gasolina, “manos enormes que parecían diseñadas por un hábil maestro pero esculpidas por un discípulo un poco torpe aún”. O el pasaje de la página 77 en que el protagonista, perturbado por uno ojos de suplicante, se siente impulsado a entregar a las llamas del fuego sagrado que anida en aquel cuerpo de mujer joven las moradas de Dios en todas las religiones de los hombres.

Un aprendiz de escritor se diferencia de sus homólogos de las demás artes en que, sin concederle importancia al pudor, hace públicas las etapas de su maduración. Toda iniciación a los misterios es, o debería ser, secreta. No basta el talento: los ardidés del oficio son un don del almanaque y la testarudez.

“Un asunto (la alienación por la tecnolatría del hombre del siglo XX) que sin duda se aparta de los esquemas del cuento tradicional, escrito con una destreza que le permite al autor remontar la simple anécdota, con una capacidad de síntesis que, sin embargo, no deja de lado lo amargo y lo irónico, en un ámbito donde” blablablá, blablablá, proclama, en la parte posterior de la cubierta, con bombo y platillos –y excelente prosa– el pregón de editor. *Lástima grande que no sea verdad tanta belleza.*

HUMBERTO BARRERA ORREGO

Guayaco, ¿arrabal de París?

Hojas de papel

Manuel Mejía Vallejo

Ediciones Universidad Nacional, Bogotá, 1985, 172 págs.

Con todo puede el papel: desde una pajarita origami hasta el airoso avión del escolar, una sanguina de Durero, un poema de san Juan de la Cruz, una lista de mercado, las digresiones de un escribidor, máscaras de carnaval. *Hojas de papel* se titula, precisamente, un volumen de veintidós ensayos de Manuel Mejía Vallejo que recoge escritos desperdigados en diferentes publicaciones y fechas.

Se trata del primero de una serie de doce libros que integran una canastilla (¿la número uno?) que la Universidad Nacional de Colombia ha editado bajo el membrete de Colección Popular. Hay de todo como en botica. Un análisis del papel subalterno de la mujer en los *mass media*. Una introducción a la astronomía. Un estudio sobre la isla de San Andrés. Un tratado muy serio sobre el álgebra en el Renacimiento, con título de poema de Álvaro Mutis. Crónicas. Relatos. El común denominador parece ser la ausencia de esa figura imprescindible en la industria editorial, el corrector de pruebas. Pululan los errores ortográficos, la puntuación irregular, las omisio-